

## **El padre Gregorio Suárez (1915 - 1949) en el recuerdo**

Poco ha me preguntaba un novicio agustino en Becerril de Campos:

— ¿Y alcanzó ud. al padre Suárez?

— Pues sí. No nos conocimos en la carrera ordinaria, porque él era cinco años anterior al mío, y cuando ingresé yo en el noviciado (noviembre de 1935), él acababa de llegar a Roma, procedente de Zaragoza, para comenzar el primer año de Teología. Nuestro primer encuentro —lo recuerdo muy bien— tendría lugar cinco años más tarde cuando él, ya sacerdote, había comenzado el curso del doctorado en Filosofía y yo iba a comenzar el primero de Teología. Fue al anochecer del aquel ya lejano tres de diciembre del 1940, en la portería del Colegio Internacional de Santa Mónica, donde acabábamos de llegar el P. Fidel Casado y yo un tanto desilusionados después de haber atravesado las calles tenuamente iluminadas de Roma desde la plaza la Esedra hasta la monumental de San Pedro.

La guerra había impuesto restricciones no sólo a la iluminación de la ciudad para prevenirse contra las posibles incursiones aéreas del enemigo; las había impuesto también al consumo de la gasolina. Llegamos, pues, a la portería del Colegio Internacional en un simón tirado por un jamelgo y sin un céntimo en el bolsillo para pagar los servicios del venerable auriga. Al enterarse el portero fray Eliseo Abad de que éramos estudiantes de la provincia de Filipinas, llamó por el teléfono interno al “Asturiano”, y al momento acudió a la portería el P. Gregorio Suárez. Después de los primeros saludos y abrazos de rigor, aquella misma noche, antes de la oración serótina, envueltos siempre en su amplia y acogedora sonrisa, nos presentó al Rvmo. P. General, al Rector del Colegio y al P. Maestro de profesos, a quien nos dejó confiados.

El día de la Inmaculada por la tarde celebrábamos en el Profesorio del Colegio Internacional con una velada literaria musical el nombramiento del P. Suárez como *Sottomaestro*, Pedagogo y Ayudante del Maestro de profesos, que a la sazón era Monseñor Canisio van Lierde.

Durante aquel curso de 1940-1941 cultivamos una intensa amistad, mantenida después a través de la correspondencia epistolar y de nuestros encuentros ocasionales en Valladolid. Herido ya de muerte por la enfermedad que le llevaría al sepulcro, me contestó con una tarjeta postal a la carta de felicitación que le había escrito yo para su santo (12 de marzo), fecha que había quedado muy grabada en mi memoria desde que el año 1941 le acompañé y le ayudé a la misa que celebró ese día sobre la tumba de San Gregorio Magno, en la basílica de San Pedro. Esa tarjeta me acompañó hasta uno de los últimos autos de fe que he ido haciendo de mis papeles en los traslados.

— ¡Adá! ¿Y era tanto como dicen? —replicó el novicio cargando el acento de su admiración, como buen maño, sobre la última sílaba—.

— En profundidad y riqueza de vida interior, yo pienso que el padre Suárez ciertamente era “tanto como dicen” los informes varios, diferentes y hasta discordes de compañeros y amigos a los lectores que no han vivido el ambiente espiritual e histórico de nuestras casas de formación en las décadas de los años treinta y cuarenta; para quienes vivieron ese ambiente y trataron al padre Suárez era más todavía.

Por otra parte, en vida del padre Suárez no se habían puesto todavía en circulación en el ámbito eclesiástico las etiquetas postconciliares de “progresismo y aperturismo”. Personalmente pienso que no fue nunca un ingenuo progresista al estilo decimonónico, ni creo que lo hubiera sido tampoco de esos que, después del concilio Vaticano II, nos están sorprendiendo con sus actitudes tragicómicas. Eran demasiado claros sus esquemas mentales para prestarse a las tergiversaciones que todos hemos padecido en esta fase del postconcilio.

Como filósofo había leído en Ortega y Gasset frases como estas: “El progresismo que colocaba la verdad en un vago mañana ha sido el opio de la humanidad... El error del viejo progresismo estriba en afirmar *a priori* que (el hombre) progresa hacia lo mejor. Esto sólo puede decirlo *a posteriori* la razón histórica concreta”. Estas admoniciones del profesor de Metafísica de Madrid habían vacunado al

padre Suárez contra el falso optimismo del viejo progresismo. Pero lo estaba también como teólogo y como profesor. Sus esquemas sobre el dogma, la moral, la liturgia y la historia de la Iglesia le convencían que la Iglesia Católica nunca se ha abandonado a una ruptura total con su tradición; que la Iglesia es y permanece según su esencia *parádoxis, traditio*, transmisión de la verdad y de la gracia que le ha sido confiada en virtud de su oficio magistral y pastoral. Finalmente, como profesor había podido comprobar que el progreso no es sencillamente sinónimo de cambio y que, ordinariamente, los estudiantes que más se apasionan por el progreso de la humanidad son los que menos progresan en la clase, aunque por otra parte sean gente simpática y vital.

#### UN TEMA INCITANTE CON VALOR DE SIMBOLO

Cuando mi interlocutor, el novicio de Becerril de Campos, preguntaba si el padre Suárez "era tanto como dicen", estaba aludiendo implícitamente a esos informes, múltiples y hasta discordes, recogidos por el padre Luis Camblor a principios del año 1973, y que el novicio había oído leer en una biografía del P. Suárez recientemente publicada<sup>1</sup>. Con perfecto conocimiento de causa el padre Camblor ha podido escribir: "Nos consta que (el libro) ha sido hecho en un tiempo record"<sup>2</sup>. Otro censor, el P. Fernando Campo advierte: "Conviene observar que en la valoración personal y estilística del autor se desfigura, quizá sin quererlo, la veracidad histórica de algún informe dado para el proceso de beatificación"<sup>3</sup>.

Escrito con una finalidad divulgadora, el libro contiene dos partes netamente distintas: En la primera se traza una biografía sumaria del padre Suárez, a la que pensamos que todavía se la pueden añadir muchas cosas, recogiendo valiosos informes de algunos de los que más familiarmente le trataron; de su único connovicio superviviente (P. Jacinto Turiso), de los padres Carujo, Corral y Paulino Rodríguez, del año anterior; y, sobre todo, de los padres Manuel Cid, compañero suyo dos años en Valladolid y cinco en Roma, donde fue además su predecesor en el cargo de Sottomaestro, y del padre Fidel Casado, compañero un año en Roma y directo sucesor suyo en las tareas formativas y docentes de nuestros estudiantes de Filosofía, postulantes o profesos. En la segunda parte se

1. T. APARICIO LOPEZ, *Padre Gregorio Suárez. La esperanza abierta*. Valladolid, 1975.

2. L. CAMBLOR: *Religión y Cultura* 22 (1976) 96.

3. *Estudio Agustiniiano* 11 (1976) 174-175.

intenta hacer una cala en el pensamiento espiritual del padre Gregorio Suárez a través de sus escritos. Tiene como prólogo unas páginas originales, densas y hasta personalísimas, como es la figura y la pluma del padre Lope Cilleruelo. En esas páginas introductorias plantea el padre Lope la dificultad de escribir una biografía del padre Gregorio Suárez, "una torre sin terminar"; pero al mismo tiempo, "un sembrador de semillas, que siguen desarrollando por sí solas... una auténtica lección de cómo se debe afrontar el destino en una circunstancia concreta". Subrayo las últimas palabras del párrafo transcrito, porque entiendo que, enfocada así la biografía del padre Gregorio Suárez en los escenarios de Valladolid (1930-1934). Zaragoza (1934-1935) y Roma (1935-1941) como estudiante, y en los de Zaragoza (1941-1942), Valladolid (1942-1945) Valencia de Don Juan (1945-1947) y el de la Universidad Pontificia de Salamanca (1947-1949) como profesor y como formador, entonces dejaría de ser sencillamente la vida de un buen religioso un tanto utópico y ucrónico para convertirse en un tema incitante, con recuerdos claros y exactos, con valor de símbolo y de evocación gozosa de lo que fueron o intentaron ser nuestros ensayos, a escala provincial o internacional, en lo referente a la formación científico-religiosa de nuestros candidatos al sacerdocio, después de la Constitución apostólica *Deus scientiarum Dominus* (24.5.1931) y de la Encíclica *Ad catholici sacerdotii* (20.12.1935) del Papa Pío XI<sup>4</sup>. La biografía del padre Gregorio Suárez, en suma, está ahí como un tema incitante para recrear el sabor del pretérito y la estructura de nuestra intrahistoria.

Un esbozo de esos movimientos de renovación y de cultura será siempre mucho más útil para comprender el ambiente interno en que vivía el padre Suárez, que todas esas páginas estilo *Baedeker* dedicadas a la descripción de ciudades y villas para turistas. Además, para la provincia de Filipinas, sería el esperado complemento de los estudios de los padres Isacio Rodríguez y Claudio Burón sobre los estudios eclesiásticos y la formación religiosa y clerical en el Colegio de Valladolid<sup>5</sup>.

4. Cf. la Constitución *Deus scientiarum Dominus*: AAS 23 (1921) 241-262. Las *Ordinationes* de la S. Congregación de Seminarios y Universidades para la recta ejecución de la Constitución: AAS 23 (1931) 263-284. Una Instrucción de la Sagrada Congregación de Religiosos y Superiores mayores sobre la formación clerical de los aspirantes al sacerdocio, del 1 de dic. 1931: AAS 24 (1932) 74-81. La Encíclica *Ad catholici sacerdotii*: AAS 28 (1936) 5-53.

5. I. RODRIGUEZ, *Los estudios eclesiásticos en el colegio de Valladolid (1743-1931)*: *Archivo Agustiniiano* 53 (1959) 35-111; C. BURON, *La formación religiosa y clerical en el Colegio de Valladolid*, *Archivo Agustiniiano* 53 (1959) 283-338.

En este sentido, los ensayos llevados a cabo durante el provincialato del padre Angel Cerezal (1938-1946) y sus predecesores desde el 1931 creemos que bien merecerían un análisis más atento que despacharles con la frase tan lamentable como inadmisible de que "por desgracia, todo quedó reducido a un ensayo de corto vuelo". Lunares como éste nos recuerdan la admonición suasoria de Ginés de Sepúlveda que no conviene escribir "pronto", sino docta y elegantemente, volviendo las obras al yunque para que ganen corrección y medida, según la buena doctrina y ejemplo de los antiguos.

El padre Suárez, cuando novicio, aprendió en el Reglamento del Noviciado, redactado precisamente entonces por el P. Cerezal, que era el Pedagogo de Novicios, esas normas del recogimiento exterior que tan unánimemente admiran en él casi todos los informantes. Una vez profeso, en Valladolid, formó parte del reducido número de profesos que entonces se consagraban a María como esclavos, según la doctrina del P. Bartolomé de los Ríos y del beato Grignon de Montfort, vulgarizada entonces en España por el infatigable apóstol mariano, P. Nazario Pérez, S.J. Pasarían todavía bastantes años antes de que la esclavitud mariana fuese una devoción de todos los profesos de Valladolid.

En el Colegio internacional de Roma —nos recuerda el informe del P. Trapé— en aquellos años reinaba un clima de intensa vida espiritual. Y en la Gregoriana florecía la renovación de los estudios. Así cuando regresó de Roma, en julio, de 1941, con los títulos de licenciado en Teología y en Filosofía, más los cursos y la *lectio coram* para el doctorado en Filosofía, el padre Gregorio Suárez era ya un fruto sazonado en ese ambiente de renovación creado por la *Deus scientiarum* y por la encíclica *Ad catholici sacerdotii*. Bien recordamos aún con qué solemnidad y con qué énfasis hacía resaltar pocos meses después el Rmo. P. Guillet, O.P., en la solemne inauguración del curso (1941-1942) en el *Angelicum*, la benéfica renovación que habían experimentado los estudios eclesiásticos universitarios al cumplirse los diez años de la *Deus scientiarum*.

Y así también, cuando regresó a la provincia religiosa de Filipinas fue uno de los principales colaboradores del provincial padre Cerezal en el movimiento de renovación, como Ayudante del Maestro de profesos en Zaragoza (1941-1942), como Maestro de profesos y Regente de estudios de los estudiantes de filosofía —profesos y postulantes— en Valladolid (1942-1945) y como Regente de estudios y Maestro de los filósofos postulantes en Valencia de Don Juan (1945-1947). Otro de los principales colaboradores del P. Cerezal,

después de la guerra, fue el P. Lope Cilleruelo, Regente de estudios en Zaragoza (1939-1944), y como Maestro de novicios en Valladolid durante los dos últimos años de su provincilato (1944-1946). ¿Quién recortó las alas al ensayo del P. Cerezal para acomodar la formación científico-religiosa de nuestros jóvenes estudiantes a lo preceptuado en los documentos pontificios de la década?

#### ASI LE RECUERDO

Conocí y traté al padre Gregorio Suárez en la década de mis años veinte, cuando mi memoria, aunque no tan buena como la que generosamente algunos me han atribuido, grababa las cosas y las retenía mejor que ahora. En los paseos dentro o fuera de casa, en las entrevistas en su celda, a la que teníamos fácil acceso por el hecho de ser nuestro *Sottomaestro*, hablábamos de todo: evocaciones de los compañeros que escribían desde España, de los estudios, de la espiritualidad, etc. Me prestaba sus libros y los comentábamos después de leídos.

Ahora, ante la lectura de la presente biografía, los recuerdos rompen como olas en estas soledades de mi celda. Los más coinciden con los de los condiscípulos, compañeros y alumnos que ya han informado. No son más que repetición y confirmación de unas mismas impresiones. Los hay también disconformes. Y no faltan algunos inéditos, que pueden servir de complemento a los valiosos ya recogidos, en algunos de los cuales, como en los del alumno Manrique, se perfila ya la amable semblanza del padre Suárez con pinceladas llenas de colorido. Veamos algunos.

#### LA TESIS DOCTORAL

El 18 de diciembre de 1940 los profesores de la Gregoriana, padres Vicente A. M'Cormick y G. Delannoye, aprobaban el esquema de lo que sería el tema de su disertación doctoral: *De distinctione inter esse et essentiam in Aegidio Romano*. El tema continuaba solicitando mi atención desde que en enero de aquel mismo año había defendido yo en un acto académico, en la Residencia de estudiantes de Zaragoza, la tesis de la distinción real entre la esencia y la existencia. Para ello me había leído previamente el mamotreto del padre Norberto del Prado, *De veritate fundamentali philosophiae christianae* (Friburgo 1911). Preguntaba yo:

— ¿Cuál va a ser el objeto de su tesis? ¿Es que acaso se ha puesto en duda de que Egidio sea partidario de la distinción real? Pre-

guntas a las que me respondía él con una síntesis luminosa de lo que constituiría el objeto de su tesis.

— Ni mucho menos —me replicaba—. Lo que pasa es que en los recientes comentarios a la doctrina egidiana de Hocedez y de Paulus, por ejemplo, se dice que el realismo a ultranza de Egidio Romano sobrepasa el realismo moderado de Santo Tomás de Aquino, y que Egidio extremó la distinción tomista hasta prolongarla de lo metafísico a lo físico, haciéndole, por ello, el responsable de la discordia secular existente dentro de la Escolástica sobre este punto básico de la Metafísica; que la teoría “extremada” de Egidio fue la causa de que se extraviasen algunos tomistas del siglo XV; y que, por eso, la distinción que conocen, exageran y combaten Duns Scoto y Francisco Suárez no es la tomista, sino la egidiana. Y lo que hay que ver es si una reflexión sobre el tema, si un análisis del pensamiento egidiano “desde dentro”, vale decir, de las ideas egidianas tal cual se revela en sus obras auténticas, no en las de sus contradictores (como Enrique de Gante), en quienes la misma palabra *res* adquiere distinto significado que en Egidio, justifican las conclusiones de estos autores contemporáneos; porque hasta el presente, hasta la publicación de estas interpretaciones del pensamiento egidiano, Egidio figura sencillamente a la cabeza de los tomistas y de los defensores de la distinción real entre la esencia y la existencia. Y la regla hermenéutica que presidirá mi disertación será la preconizada por el mismo Egidio: “*Dicta doctorum exposcunt pium et bonum lectorem et expositorem, non invidum, malum et insidiatorem*”<sup>6</sup>.

Por considerarlo de interés para nuestros lectores, reproduzco aquí el esquema aprobado de la tesis.

## DE DISTINCTIONE INTER ESSE ET ESSENTIAM IN AEGIDIO ROMANO

### I n t r o d u c t i o

#### *Pars Prima*

- A.- Status quaestionis secundum interpretes hodiernos
- B.- Quem locum sortitus est auctor noster decursu saeculorum

<sup>6</sup> Quodl. 6, q. 13.

apud auctores praecipuos qui de problemate distinctionis realis fusius tractarunt.

*Conclusio:* Adeamus fontes et Aegidius ipse pro se ore proprio loquatur.

### *Pars Secunda*

A.- Pauca de quaestione distinctionum et modorum apud ipsum.

B.- Esse et Essentia:

I. in primis operibus.

II. in Theorematibus et Quaestionibus de esse et essentia.

III. in aliis eiusdem operibus subsequentibus.

C.- Quomodo fuit intellecta eius doctrina a suis coevis ac proximioribus discipulis et expositoribus.

D.- Breviter comparatur haec doctrina cum doctrina S. Thomae. In quo convenit et in quo differt.

E.- A quibus videtur Aegidius dependere in hac theoria.

### *Pars Tertia*

Comparatur haec expositio cum interpretibus hodiernis et *Conclusio statuitur.*

La elaboración del presente esquema resultó lenta y laboriosa. Cuando concluyó el curso del doctorado tenía, sí, bastante material reunido; pero en la redacción apenas había pasado del borrador. La redacción la concluiría en España, y la defensa de la tesis sería en Comillas. A últimos de junio de 1941 tuvo la *Lectio coram*, en la Gregoriana, requisito previo para la defensa que viene a consistir en la explicación de un tema, en una clase en la que los discípulos son los profesores. El tema versó sobre la distinción entre la esencia y la existencia, y el desarrollo gustó tanto al P. Delannoye, moderador de la tesis, que le pidió una copia. Pero el padre Suárez no disponía más que de unos folios escritos a mano. Andaba aquellos días bastante atareado con los preparativos del viaje de regreso a España, y nos pidió al P. Casado y a mí que se la pasásemos a máquina. Cuando le entregamos la transcripción no mostró preocupación alguna por las posibles erratas; sino sencillamente porque con los jaleos de los preparativos, si se descuida uno un poco, fácilmente se resiente la vida interior; y así, sin alharacas retóricas, con la



sencillez de quien expresa una vivencia, nos pidió amablemente que le dejásemos solo para recogerse unos momentos antes del próximo acto de comunidad.

Con vista a la defensa de la tesis en Comillas, el dos de julio sacó un certificado, en el que se hacía constar que, obtenida la licencia in S. Theologia en el año académico 1938-1939, en el siguiente de 1939-1940 había estado matriculado como alumno del año 3.º de la Facultad de Filosofía y, superados felizmente todos los exámenes, había obtenido la licencia en Filosofía.

En España, algunos veranos acudió a Comillas para terminar de preparar la tesis en aquella biblioteca. Por fin, el esquema se había desarrollado en 294 folios dactilografiados a doble espacio; las partes del esquema se convirtieron en capítulos, y el idioma latino en castellano bajo el título de *El pensamiento de Egidio Romano en torno a la distinción de esencia y existencia en las criaturas*. La aprobación del extracto para su publicación por los padres Dionisio Domínguez, S.J., y Salvador Cuesta, S.J., está fechada en la Universidad Pontificia de Comillas, el 23 de septiembre de 1946<sup>7</sup>.

Sin entablar polémica con Hocedez ni con nadie, sino sencillamente con la exposición objetiva de las ideas egidianas y con alguna que otra apostilla a los críticos modernos, las conclusiones a que llega el padre Suárez al fin de su disertación<sup>8</sup>, en apretada síntesis, podríamos resumirlas así:

— La distinción de esencia y existencia en el pensamiento egidiano “merece sin duda ser calificada como *verdad fundamental de la filosofía cristiana* en su fundamentación metafísica.

— El lector ya cuenta con datos necesarios para formarse un juicio personal sobre el valor de la interpretación del R. P. Hocedez y escritores afines.

— A la pregunta de si puede sostenerse con razón que Egidio con su teoría distincionista “traiciona y deforma” el pensamiento de Santo Tomás y que no merece el calificativo de “tomista”, responde el P. Suárez: “No seremos nosotros quienes intenten contraponer los tomistas a Santo Tomás en esta materia, como muchos pre-

7. *El pensamiento de Egidio Romano en torno a la distinción de esencia y existencia en las criaturas*. Extracto de la tesis “*Ad Lauream*” en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Comillas, presentada por el R. P. GREGORIO SUAREZ, OSA., (Salamanca, Imp. Calatrava 1948) 83 pp. Había sido publicado antes en *La Ciencia Tomista* 75 (1948) 66-99; 230-272.

8. *El pensamiento de Egidio Romano*, 70-79; Copia dactilográfica, fols. 288-294.

tenden, pero si creemos poder afirmar la armonía del pensamiento de Egidio con el de los tomistas”<sup>9</sup>.

— La afirmación de que Francisco Suárez combate la distinción egidiana, no la tomista, es una afirmación inconsistente. El padre Hocedez no ha podido aducir ningún testimonio donde Suárez distinga entre la sentencia egidiana y la tomista. Suárez había leído ciertamente a Egidio, pues le cita repetidamente en sus *Disputaciones metafísicas* (disp. 31, sect. 1, n. 3; y sect. 12, n. 35; y sect. 3, n. 5, etc.) y, sin embargo, no parece haberse percatado de que la sentencia de Egidio fuese “tan radicalmente diversa de la tomista”.

— En las últimas páginas de su estudio (73-78) el padre Gregorio Suárez responde y aquilata las razones en que se parapeta el P. Hocedez diciendo que, en lo referente a la decantada *reificación* de la distinción real por la que Egidio habría rebasado el pensamiento de Santo Tomás, “no podemos avenirnos a tal interpretación, cuyos sólidos fundamentos echamos de menos, atendidos el contexto histórico y la terminología egidiana en torno a las distinciones; y en fin, por la cosa en sí misma”<sup>10</sup>.

— Finalmente, la exposición egidiana es la que ha prevalecido entre los distincionistas: “él es el abanderado protagonista de la distinción real de esencia y existencia, y sus obras fueron la cantera de donde se extraían los argumentos en pro e incluso en contra de tal distinción”<sup>11</sup>.

Siendo esto así, no podemos menos de consignar nuestro asombro al leer en el libro del P. Teófilo Aparicio (págs. 50-51) que el padre Gregorio Suárez en su tesis doctoral a cada línea se amparaba con los nombres de *Hocedez* y demás profesores... que el P. Gregorio deja ver bien a las claras que el agustino medieval (Egidio) va mucho más lejos que el maestro Aquino... Y concluye el doctor P. Gregorio, *siempre de la mano de Hocedez*, (!) diciendo que Gil de Roma ‘por su *reificación* de la distinción real’, ha rebasado el pensamiento de Santo Tomás”. Por desgracia tenemos todo derecho para sospechar, no de la buena fe del P. Teófilo Aparicio, que pone comillas y cita el texto “para que no piensen algunos que estamos

9. *El pensamiento de Egidio Romano*, 71.- En la copia dactilográfica es todavía más explícito: “Nuestra convicción personal se orienta cada vez más en el sentido de una fundamental y sustancial coincidencia en cuanto al fondo de la cuestión e incluso en cuanto a muchos detalles con el pensamiento de Santo Tomás... No creemos se pueda persistir en enfrentar entre sí a ambos doctores” fol. 289.

10. *El pensamiento de Egidio Romano*, 73.

11. *El pensamiento de Egidio Romano*, 78.

falseando lo que escribe nuestro docto filósofo agustino" (p. 51); sino de su sentido crítico. Porque los textos citados corresponden a la parte de la disertación donde el padre Gregorio Suárez expone la teoría del P. Hocedez, sin identificarse con ella; antes, todo lo contrario, a la que refutará a lo largo de su tesis y, especialmente, en las últimas páginas, como hemos dado a entender. Y, por si esto fuera poco, en su Discurso inaugural del curso académico 1948-1949, en el que expone *la Metafísica de Egidio Romano a la luz de las 24 tesis tomistas*, repasando la doctrina metafísica de Egidio y su fidelidad a las tesis metafísicas tomistas contenidas en el mencionado elenco, dedica nada menos que quince páginas a la tesis de la distinción real de la esencia y la existencia en las criaturas, y concluye preguntándose: ¿Podría pedirse mayor fidelidad a la tercera de las 24 tesis tomistas?

#### *La apertura suareciana*

Por estas mismas razones no he podido leer tampoco sin admiración las fáciles y frágiles contraposiciones entre la cerrazón tomista de Cayetano y la apertura suareciana, aplicadas a la mentalidad filosófico-teológica del P. Gregorio Suárez, a quien doctrinalmente, como a su maestro Egidio Romano cuya originalidad frente a Santo Tomás se ha puesto de relieve en varios estudios<sup>12</sup>, habrá que seguir encuadrando dentro de la escuela aristotélico-tomista. Sin duda que la armonía en los puntos fundamentales no significa una plena coincidencia entre ambos, pero sí idéntica orientación intelectual y comunidad de ideas madres, que son las que caracterizan los tipos del pensar, como fácilmente se desprende del docto discurso inaugural del P. Suárez.

Ni hay por qué prestigiar artificialmente la semblanza de nuestro biografiado, atribuyéndole ese "aperturismo suareciano" y otras cosas escolásticas, operando sobre supuestos gratuitos para intentar justificarle. El binomio: Universidad Gregoriana-Suareciano; Angelicum-Tomista corre en el libro como angustiosamente inevitable. La verdad es que es demasiado simplista para que sea verdadero este diagnóstico. Particularmente para quienes no han olvidado todavía los textos que estudió y los profesores que tuvo el P. Suárez en la Gregoriana, tomistas todos ellos, con la única excepción aca-

---

12. Cf. A. ZUMKELLER, "Die Augustinerschule des Mittelalters": *Analecta Augustiniana* 27 (1964) 180-181, donde podrá encontrarse la bibliografía correspondiente, y la referencia que el padre "G. Suárez Kommt bei seinem grundlichen Vergleich der metaphysischen Lehre beider zu dem Ergebnis".

so del P. Lennerz. ¿Qué tienen de suarecianos, por ejemplo, los Comentarios del cardenal Billot y del P. Boyer a la Suma de Santo Tomás?

Sabido es que Francisco Suárez figura como el abanderado de los que niegan la distinción entre la esencia y la existencia, y el que con la fuerza de su autoridad arrastró consigo a casi todos los escritores de la Compañía de Jesús. Pues bien, en el texto *De Verbo Incarnato* del cardenal Billot (Roma 1927, p. 71) que estudió el P. Suárez, leemos, entre otros muchos, un texto que señala bien a las claras la orientación tomista del autor:

*"Equidem realis distinctio inter essentiam et esse in creatis tantae est necessitatis, ut sine illa unio duarum naturarum in uno eodemque supposito divino videatur undequaque inintelligibilis"*.

De la orientación tomista del P. Charles Boyer, para quien no conozca sus textos, baste recordar el hecho de que siendo el Prefecto de estudios de la Universidad Gregoriana, era al mismo tiempo el Secretario de la Academia Romana de Santo Tomás de Aquino, sin que ello implicara ninguna contradicción, como expresamente nos odvirtiera un día a los alumnos el P. Boyer, después de invitarnos, como Secretario de la Academia, a asistir a una conferencia del profesor Giorgio La Pira sobre el concepto de persona en Santo Tomás<sup>13</sup>.

Semejantes contradicciones habrá que relegarlas, pues, a la categoría de un vistoso tópico literario, sin otro fundamento que el de una mala pasada de la memoria<sup>14</sup>, o a la de una leyenda gratui-

13. Anotaré, de paso, que el P. Boyer, a quien Dios ha bendecido con una admirable longevidad, conservó siempre vivo el recuerdo de su alumno el P. Gregorio Suárez, Alejado de la Universidad Gregoriana al declarar la guerra Italia a Francia (mayo 1940), cuando nos encontramos cinco años después durante las vacaciones estivales en Viterbo, deduciendo fácilmente de mi apellido mi condición de español, se interesó inmediatamente por el P. Suárez, de quien recordaba con elogio la tesina que había escrito bajo su dirección para licenciatura en Teología y la brillante defensa que había hecho de una tesis teológica en un acto académico, y de quien no había vuelto a saber más. Le expliqué en breves palabras que, después de la teología, había estudiado filosofía en la Gregoriana, y que entonces se encontraba explicando filosofía en España y ultimando su disertación doctrinal, lo que me replicó: "A mí me habría gustado que hubiera continuado con la teología. Pero no importa, añadió matizando delicadamente este deseo suyo con una referencia personal: En todo caso no es tarde; yo también empecé escribiendo sobre filosofía y después me pasé a la teología".

14. A "malas pasadas de la memoria" se ha de atribuir también otros relatos de episodios que corren en un libro para probar que el padre Suárez "no era un tomista cerrado", pero que encierran una inverosimilitud radical para cuantos profesores o alumnos, compartieron esos episodios y conservan todavía recuerdos bastantes claros y exactos. *Aliquando etiam bonus dormitat... Lupus.*

ta e inverosímil, destinada como toda leyenda a embellecer un retrato que no necesita retoques.

### LA MEDALLA DE ORO

En cada Facultad de la Universidad Gregoriana se concedían todos los años dos medallas de oro y dos de plata (una para los doctorados y otra para los licenciados de ese año escolar). La de oro se adjudicaba a uno de los que habían obtenido el grado con la máxima calificación de *summa cum laude*; la de plata a uno de los graduados con la calificación de *magna cum laude*. Los exámenes de grado para la licenciatura solían tener lugar durante el mes de julio; los del doctorado durante todo el año, cuando el candidato defendiese la tesis. La distribución tenía lugar en la apertura solemne del curso siguiente, en el Aula Magna abarrotada de público, y en el escenario los profesores todos con manteo, presididos por el Gran Canciller de la Universidad y Prepósito de la Compañía o por el cardenal Prefecto de la Congregación de Seminarios y Universidades.

El padre Suárez hizo la licenciatura en teología (1939) con la nota de *summa cum laude*, y la medalla de oro, la primera del pontificado del Papa Pío XII, —de oro todavía, no como en los sucesivos años de la guerra, cuando manteniendo la nomenclatura de medalla de oro o de plata, se distribuían libros en lugar de la medalla— le fue adjudicada a él. El hecho en sí no es tan extraordinario; en años sucesivos, siempre durante la guerra, recordamos otros dos españoles a quienes fue adjudicada también la medalla de la Licencia en Teología: al actual lectoral de Málaga, don Manuel González Ruiz, y al P. Calzada de los Oblatos de María Inmaculada. Lo particularísimo del caso del P. Suárez —que no he visto recordado por nadie y creo que conviene hacerlo— fue que cuando se leyó su nombre para que subiera al escenario a recibir la medalla, entornó los ojos, se ruborizó un tanto y, por más que le instaron los compañeros, no se movió del asiento para subir a recibirla. La recibió en privado días más tarde. El hecho me lo contó con pelos y señales mi compañero de refectorio, que había estado presente en la distribución de premios. Y comentándolo yo después, asombrado, con el propio padre Suárez, me confirmó la noticia en sus dos partes, mostrándome entonces la medalla, porque yo había quedado con la impresión de que no la había recibido ni en público ni en privado. El episodio nos descubre un rasgo profundo del padre Suárez. Aquel que por su estatura, por su voz un tanto engolada y por el

gesto amplio de su acción podía dar la impresión de "un echado para atrás", en el fondo del alma era de una modestia desconcertante, rayana casi en la timidez.

#### PROFESOR DE METAFISICA EN SALAMANCA:

Con la entrada en vigor en 1931 de la Constitución apostólica *Deus scientiarum Dominus*, desaparecieron ocho o diez de las antiguas universidades pontificias españolas por no poder adecuar su enseñanza a las normas establecidas en la Constitución<sup>14</sup>. Sobrevivió sólo la de Comillas.

Concluida nuestra guerra civil, se restauró la de Salamanca que, en aquellos años de revalorización de nuestra historia imperial, se esperaba hiciese reverdecer los fastos gloriosos de sus mejores tiempos. Para ello se procuró desde el primer momento que en sus claustros figurasen profesores no sólo del clero secular, sino también de las corporaciones religiosas de más rancio abolengo en aquella ilustre academia.

En la facultad de Teología los agustinos estaban representados por el padre maestro Alejo Revilla; pero en la de Filosofía no figuraba ninguno. Y Mons. Barbado, OP., obispo de Salamanca y Gran Canciller de la Universidad, tenía verdadero interés en que el profesor de Metafísica, donde más se enfrentan las tesis de escuela<sup>15</sup>, no fuera jesuita ni dominico, sino agustino. En consecuencia, cuando se enteró de que el P. Suárez había defendido ya su tesis doctoral, le pidió inmediatamente al padre Provincial para aquel año escolar de 1946-1947. Así me lo comunicó el P. Provincial, a últimos

14a. Con la instauración de las Universidades Pontificias españolas por el Papa León XIII, en 1896-97, adquirieron tal categoría diez seminarios diocesanos: los de Astorga, Burgos, Santiago de Compostela, Sevilla, Tarragona, Toledo, Valencia, Valladolid, Vich y Zaragoza.

Hasta el año de 1931 estas diez Universidades Pontificias se atenían a las normas dadas por la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades en 1896 y 1898. Eran estudios de Seminario, donde se conferían en demasía grados académicos, pero se hacía poco por el desarrollo de la ciencia y de la investigación. En consecuencia, todas ellas quedaron suprimidas por la reforma introducida en los estudios eclesiásticos por la Constitución Apostólica *Deus scientiarum Dominus*, del Papa Pío XI, del 24 de mayo de 1931.

15. Como dato revelador de lo que procuraban todavía entonces las disputas de escuela, cabe recordar que el profesor de Tortosa, Juan B. Manyá, en previsión de las posibles reacciones que podría provocar la publicación del primer volumen de su *Theologumena*. I: *De Deo cooperante*, Barcelona, 1946, procuró antes que llevase la censura eclesiástica de un consultor romano de la Congregación del Santo Oficio, la del P. Santiago García, OSA.

de diciembre de aquel año, cuando regresé yo de Roma. Y ante mi pregunta de por qué no había ido el P. Suárez a Salamanca, me replicó:

— Sencillamente, porque ahora andamos nosotros muy escasos de profesorado. Fijese que en Valencia de Don Juan el único profesor titulado en filosofía es él, y este año me he visto en la precisión de hacer interrumpir sus estudios en Comillas a dos padres, que estudiaban filosofía, para que vayan a ayudarle. Para el próximo año, si se inaugura la casa de Becerril de Campos y se incorporan ud. y el P. Casado al profesorado de Valladolid, ya veremos.

Efectivamente, llegó el verano del 1947 y el señor obispo de Salamanca volvió a la carga. Volvió a solicitar al padre Provincial que le cediese al P. Suárez. Tanto era el interés del señor Obispo de que la cátedra de Metafísica estuviera regentada por un agustino que, según supe después por el P. Revilla, de no haber ido entonces el P. Suárez a Salamanca, se pensaba traer de Holanda al P. Remy Kwant, el autor, entre otros libros, de *La Crítica hace al hombre*, y a quien cuando la defensa de su tesis doctoral, en el *Angelicum*, le había dicho el moderador: "*Habes revera temperamentum metaphysicum. Tuto possunt Superiores tibi concedere munus docendi*".

Pero esta vez Mons. Barbado adujo nuevas instancias a las que difícilmente podía sustraerse el padre Provincial. Bien informado por el P. Revilla del personal y de los proyectos inmediatos de la Provincia, le dijo:

— Esta vez no me alegue la disculpa de personal; porque sé que han regresado de Roma dos padres estudiantes, uno de ellos licenciado en Filosofía; y, además, si sacan uds. el Noviciado de Valladolid, pueden juntar allí los filósofos con los teólogos y ayudar en las clases de filosofía también los profesores de Teología.

El P. Provincial expuso el caso en Valladolid y se optó por la solución propuesta: destinar a casa de Noviciado la de Becerril de Campos que estaba para inaugurarse, juntar en Valladolid los filósofos y los teólogos, y que el padre Suárez quedase disponible para ir a Salamanca. Y el P. Suárez pasó aquel verano en Madrid y Valladolid preparando la publicación del *Extracto* de su tesis doctoral para poder incorporarse al claustro salmantino como doctor *pleno iure*.

#### BAJO EL SIGNO DE LO SOBRENATURAL

Es difícil definir un espíritu; pero generalmente bastan algunos

rasgos para caracterizarle. Y en el caso del padre Suárez no deja de ser muy significativa, a este respecto la coincidencia unánime de varios testimonios en señalar sus extraordinarias dotes intelectuales acompañadas de una extraordinario modestia, su serenidad y su afabilidad constantes, y, sobre todo, aquel impresionante recogimiento suyo en la oración, reflejo de un alma que vivía una intensa vida interior que había tomado muy en serio su consagración a Dios y que parecía vivir constantemente en su presencia; pero sin gazmoñerías ni extravagancia alguna. Si vivía alerta y se vigilaba a sí mismo contra el peligro de la rutina en la misa y extremaba su recogimiento, esto no quiere decir, en manera alguna, que fuese un "tardón". No empleaba en ella ni más ni menos tiempo que el empleado por los otros tres sacerdotes de su turno, que celebraban en los otros altares de la capilla. Si exceptuamos los días de la Semana Santa en los que se leía la Pasión, o algún que otro día de lecturas largas, no creo que pasase nunca de la media hora.

Cabe tal vez abreviar la semblanza sobrenatural del padre Gregorio Suárez, si repasamos las ideas que más le impresionaban al joven estudiante de Teología, en algunas de las lecturas que mayormente informaron esa interioridad recogida. Mis recuerdos de los comentarios que juntos hicimos los dos sobre dos libros de espiritualidad<sup>16</sup>, que me había prestado él, permanecen tan diáfanos como si cobraran vida. Con todo, después de más de siete lustros, he vuelto a leer esos libros para percatarme mejor de lo que más le había impresionado a él, cuando los leyó a sus veintidos o veintitrés años.

Repasando ahora las páginas subrayadas entonces por él, sin las preocupaciones de preparar una clase o una conferencia espiritual, me ha parecido encontrar en ellas todo un breve ideario sobre temas espirituales como la acción y la contemplación, la necesidad de un método y las condiciones previas de la oración, las características de la oración agustiniana y sus efectos; la presencia sobrenatural de Dios en el hombre y cómo continuar viviendo en ella

---

16. F. CAYRE, *La méditation selon l'esprit de saint Augustin*. Paris, 1934; y H. PETITOT, *Vie intégrale de sainte Thérèse de Lisieux*<sup>2</sup>. Paris, 1925. Del aprecio que siempre hizo el P. Suárez del primero de estos dos libros pueden ser testimonio aquellos jóvenes de Valladolid, a quienes también se le prestó años más tarde, y que se proponían traducirlo al español, según me confesó alguno de ellos. Que el segundo libro cayó en sus manos en esa época de estudiante de Teología lo sabemos por la dedicatoria: "Como sencillo recuerdo de mi cantamisa. Tu amigo, Fr. M. Cid". El P. Cid se ordenó de sacerdote el 2 de mayo de 1937. Ambos libros se encuentran actualmente en la Biblioteca del Colegio de Agustinos Filipinos de Valladolid, 92.211 y 94.124, respectivamente.



después de la oración, y otras acotaciones sobre la vida sobrenatural. Pero, sobre todo, se ha afirmado en mí la evocación del P. Suárez como la estampa edificante del cristiano que, en pleno siglo veinte, supo realizar el ideal de la interioridad agustiniana, de desasirse de las criaturas para buscar al Dios "que está en lo íntimo del corazón", *intimius cordi est* (Conf. IV, n. 18), para hacer de Dios el centro de toda la vida interior, "*descendite ut ascendatis et ascendatis et ascendatis ad Deum*" (Ib. n. 19), y para elevarse interior y afectivamente hacia El en continuas ascensiones, como Agustín y Mónica en la ventana de Ostia Tiberina: *et adhuc ascendebamur interius* (Ib. IX, n. 23); y como Teresa de Lisieux, la del Camino de la Infancia espiritual, la que pudo escribir esta frase subrayada por nuestro estudiante de Teología: "que ella no pasaba jamás tres minutos sin pensar en el buen Dios", y esta otra, subrayada también, en la que nos parece ver sintetizado el método de oración de Santa Teresita y el del padre Suárez: "*Je m'occupe intérieurement et uniquement a m'unir de plus en plus a Dieu, sachant que le rest me serait donné par surcroît*".

Me quedo, en suma, con la estampa edificante de un cristiano del siglo veinte que —deliberadamente, pero sin rastro de quietismo ni de iluminismo— prefería la contemplación a la acción, y en quien me fue dado entrever el inmenso trabajo de reflexión, de búsqueda y de perfección que tenía lugar en lo secreto y en lo profundo de su alma.

QUIRINO FERNÁNDEZ, OSA.  
*Becerril de Campos. (Palencia)*